

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 241.—SÁBADO 8 DE OCTUBRE DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## NAVIO REY FRANCISCO DE ASIS,

EN EL ACTO DE VOTARSE AL AGUA

### EN LOS ARSENALES DEL FERROL.

I.

Hace sesenta y cinco años que en el astillero del Ferrol, astillero donde en un solo día han sido votados al mar doce navíos de línea, no tiene lugar un acto tan solemne y fastuoso para la marina nacional, como el que hoy acabamos de presenciar.

Las impresiones de este acontecimiento, que marca una de las páginas de la historia naval de nuestra patria, no se borrarán jamás de nuestra memoria ni de nuestro corazón.

Hoy en que un navío en España es una importancia mas para su marina; hoy que no tenemos mas que el *Soberano*, único resto de nuestras grandes escuadras, la aparición del *Isabel II*, recién construido en Cádiz, y la del *Rey Francisco de Asis* que acabamos de ver votar al agua, la consideramos como un suceso grandioso, como un poder ventajosísimo, cuya apreciación dejamos á las aspiraciones de nuestros marinos.

Porque hoy, un navío saliendo de la grada de construcción, equivale al *Apostolado* de otros tiempos. Estamos en esa proporción matemática respecto á la importancia marítima del pasado siglo con la del siglo actual.

Tiempo era en verdad que algun ministro del ramo, de tantos como han figurado al frente de él desde la muerte de Fernando VII, se ocupase del renacimiento de nuestra armada, si es cierto que la marina militar es de alguna significación en una potencia esencialmente hidrográfica, si ella ha de proteger á la poca ó mucha marina mercantil que importa y esporta de nuestras colonias, y si ella ha de conservar nuestra soberanía en las posesiones de Ultramar. Tiempo era en verdad que apareciera un hombre en el horizonte marítimo que iniciase ese renacimiento naval, y lo desarrollara, no con la actividad con que un día levantó una fuerte y respetable armada D. José Patiño, sino con el cálculo y la gradación lenta y progresiva con que lo pretendía llevar á cabo una inteligencia extraña al ramo, un hombre que nunca habia sido marino, el señor marqués de Molins.

Desde los remotos ministerios de D. José Patiño y del marqués de la Ensenada, no hubo uno tan benéfico y regenerador para la marina nacional como el ministerio en que tenia la cartera de este ramo el señor D. Mariano Roca de Togores; pues además de los buques de gran porte que ha mandado construir en nuestros departamentos; y además de introducir grandes é importantes mejoras en sus arsenales, antes desmantelados é inutilizados por el olvido y el abandono, de modo que en el día pueda el extranjero admirar en ellos las grandiosas obras hidráulicas que encierra, ha realizado tan acertadas reformas en las diversas clases é instituciones de la armada, que las regularizó colectivamente para crear un personal que en sus conocimientos especiales pudiera rivalizar un día con el de las potencias marítimas mas aventajadas.

Para llenar cumplidamente las exigencias literarias de un artículo descriptivo de esta índole para LA ILUSTRACION, creemos que era preciso consignar antes este homenaje de reconocimiento al señor marqués de Molins, como españoles amantes de la importancia de la marina nacional. Al hablar del navío *Rey Francisco de Asis*, al describirlo en la grada de construcción en el acto de votarse al agua, tal como lo representa la lámina que esponemos á la consideración de nuestros lectores, preciso nos era saludar al ministro del ramo que habia mandado poner su quilla, la quilla del navío mas grande que se ha construido en España, pues tiene pié y medio mas que la *Real Trinidad*.

Describamos pues técnicamente este formidable vaso.

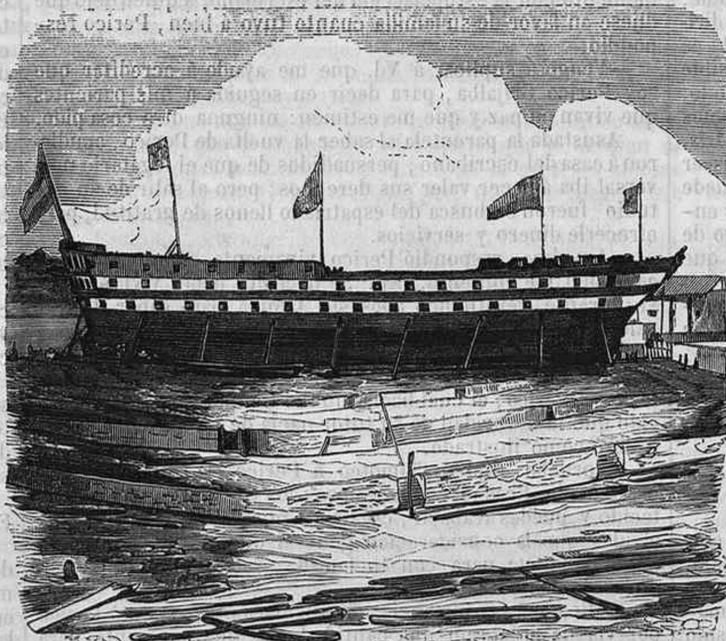
II.

El navío *Rey Francisco de Asis* es del porte de ochenta y cuatro cañones. Los lectores que esten impuestos en los que montaba la *Real Trinidad*, que acabamos de mencionar, es-

trañarán el reducido número del uno con respecto al otro, siendo mayor el casco del primero; y esto consiste en que en las construcciones modernas se aumentan considerablemente las dimensiones de los buques, dejando menor número de piezas de artillería y mas espacio en las baterías para su manejo. Por otra parte, el diámetro de las balas de los cañones es mucho mayor que el que usaban los antiguos; compensando por consecuencia el menor número que se emplea ahora con el alcance y el grueso del calibre. En las construcciones antiguas solia componerse su artillado de cuatro clases de calibres, lo que en un combate originaba confusiones; y hoy desaparecerán estas por la regularidad que usan, puesto que el diámetro de las balas es enteramente igual.

Las dimensiones del navío *Rey Francisco de Asis* son las siguientes:

- Eslora*, medida en la línea de flotacion, 248 piés.
- Manga*, de fuera á fuera de miembros, 58 piés 4 pulgadas.
- Puntal*, á la cubierta principal, 28 piés 3 pulgadas.
- Quilla limpia*, 196 piés 9 pulgadas.
- Manga de estabilidad*, 60 piés.



El navío *Rey Francisco de Asis*.

#### LINEA DE NAVEGACION.

- A popa, 26 piés 6 pulgadas.
- A proa, 25 piés.
- Diferencia, 1 pié y 6 pulgadas.
- Batería, 7 piés y 6 pulgadas.

#### RESULTADO DE LOS CÁLCULOS DE SOLIDEZ.

- Desplazo total, 4239 toneladas, 1272 libras.
- Idem del cuerpo de popa, 2019 toneladas, 400 libras.
- Idem de proa, 2220 toneladas, 1172 libras.
- Diferencia de ambos cuerpos, 201 toneladas, 1172 libras.
- Razon entre el volúmen total y el del paralelepípedo circunscrito, 0,517.

#### CALADO EN ROSCA.

- A popa, 21 piés 9 pulgadas.
- A proa, 17 piés 3 pulgadas.
- Calado medio, 19 piés 6 pulgadas.
- Peso del casco, forrado en cobre, 2620 toneladas.

Se colocó la quilla de este gran buque sobre los picaderos de la cuarta grada del astillero, llamada de los *Leones*, el día 2 de diciembre de 1850; y por hallarse construyéndose

por aquel tiempo, y aun ahora, otros buques mas que el gobierno reclamaba con urgencia, se paralizaron sus trabajos en varias épocas; por lo que tardó en votarse al agua dos años y medio; tiempo en que podian construirse dos en la misma grada, siempre que se dispusiera así.

El *Rey Francisco de Asis* está construido con roble de Dantzick, excepto la mitad de las varengas y penoles que son de roble de Francia.

El forro exterior desde la flotacion á la quilla de seguridad, es de álamo de roca. De pino del Norte los baos de la tercera cubierta, mitad de los de la segunda, y las cuerdas-durmientes, baos, trancaniles y cosederos de la toldilla; y de caoba y sabcicú, las vitas, propaos, guindastes, y las brazos-las del alcázar y castillo, y dos de la segunda cubierta.

La quilla, varengas, sobrequillas, roda, codaste, encoamientos, y desde la línea de agua hacia abajo, está empernado y clavado con cobre y bronce, así como las diagonales de la bodega. Lo restante con perneria y clavazon de hierro.

Todo el buque se halla reforzado con una curva de hierro en cada bao de las tres cubiertas principales, y de madera en los del sollado. La proa tiene tres busardas de hierro y ocho de madera, y la popa una de hierro y seis de madera; llevando

para mayor seguridad seis estribos de hierro desde los baos de las cubiertas hasta las gambotas de popa. El timon tiene cinco machos de bronce, y uno de hierro en la parte superior. Los fondos estan perfectamente acondicionados y forrados con planchas de cobre de la fábrica de Jubia, hasta veinte piés de calado medio.

Su esbelta y vistosa proa es muy valiente y de una forma moderna en nuestros arsenales, pues es la primera que lleva las gambotas forradas. La figura que la adorna es un hermoso busto de once piés que representa á nuestro augusto rey con el gran uniforme de capitán general, adornado entre curvas bandas con el escudo de las armas de España entre guirnalda.

La popa es de construcción elíptica: sus jardines reducidos prestan á todo el conjunto una forma elegante y majestuosa; siendo de notar la gran balastrada que la rodea, sostenida por unos canecillos colocados entre portas con sus respectivos colgantes, los que por su sencillez y buena distribución dan un colorido sumamente pintoresco á esta parte del navío.

Sus capacidades en general permiten hacer viveres y aguada para seis meses; y sus entrepuentes, de mucha elevación y de muy buenas propiedades, han sido admirados por los jefes y oficiales de las corbetas de instrucción francesa, holandesa y anglo-americana, que visitaron al navío antes de votarse al agua; pues el hombre mas alto puede transitar libremente sin tocar á los baos que los sostienen.

Este casco de tan buen corte y de unas entradas de agua tan bellísimas, hace honor á los ingenieros nacionales que dirigieron su construcción; pues puede competir con los mejores que salgan de Tolon y de Spithead, tanto en sus gálibus como en su solidez.

III.

La lámina que encabeza este artículo, y que debemos á la amistad del señor don José Barrera, uno de los ingenieros navales que dirigieron su construcción, representa al navío *Rey Francisco de Asis* en la grada de construcción, en el momento de irse á votar, descansando en la basada.

Esta basada ó cuna se compone de dos grandes piezas de roble de una longitud próximamente igual á la de la quilla del buque, y sobre ellas tiene colocadas unas columnas que llevan varias trincas para ocasionar la inmersión y causar su desprendimiento al hallarse el buque en sitio donde ya pueda flotar. Las trincas van tan sumamente *tesadas*, que por efecto de su misma tensión ó elasticidad contribuyen á que se desprenda cuanto antes la basada de la mole que sostiene, tan pronto como se cortan los frenillos ó cables que la sujetan al buque.

Tal como se encuentra el navío descansando en la cuna, la cual se halla muy impregnada de sebo por la parte en que toca á los madros longitudinales de la grada, no se halla sujeto á otra cosa que á la proa de ella por el ligamento de cables que llaman la *retenida*.

Para comunicar el movimiento de impulsión tiene el navío á cada costado un palancuelo, especie de grandes vigas

que hacen oficio de palancas; y á proa un gran tablon horizontal á la quilla, llamado disparador. Los palancuelos colaterales estan lijos en la grada y apoyados en la basada, á la cual impelen por un extremo cuando *atan* por el otro.

Nosotros hemos experimentado una impresion profunda cuando entramos en el astillero y abarcamos de una mirada la multitud que ocupaba los paleos, merlones y demás alturas que lo dominaban, como tambien la que llenaba los botes y lanchas de la ria atraídas á la boca de la grada en que se hallaba el colosal navio.

La perspectiva era pintoresca; pero todo parecia mezquino ante la inmensa mole de madera que se levantaba en medio, enseñoreándose con majestad sobre los edificios que la rodeaban. El orgullo nacional se hallaba en aquel momento vivamente escitado; y las músicas del departamento que hacian oír las voluptuosas *danzitas*, contribuian á halagar mas y mas aquel sentimiento de nacionalidad que entonces nos dominaba.

Cuando se presentó el E. S. Comandante general del departamento con los demás jefes y oficiales de la armada, se dirigió á revistar el estado del navio preparado para su caída al agua. Poco después el teniente vicario general castrense, precedido de la cruz parroquial, revestido de capa pluvial y seguido del clero de su jurisdiccion, bautizó al navio con las ceremonias religiosas que se acostumbra y que tan buen efecto hacen en el espíritu de veinte ó treinta mil almas reunidas á orillas del mar en casos semejantes.

Concluido este acto, el señor brigadier comandante de Arsenales se colocó frente á la proa del navio, y mandó dar un redoble de tambor, preparatorio para las voces de mando que iba á dar. Ordenó en seguida que se quitáran las escoras, esos tablones que sostienen al navio, segun verán nuestros lectores en esta lámina, copiada de una al daguerreotipo que debemos á la atencion del fotógrafo D. José María Blanco; y una vez quitadas las escoras de babor y estribor con la mayor precision, quedó el buque pendiente de las retenidas.

Ya en este estado, se dió la voz suprema: *pica retenidas!* Entonces, á esta voz del jefe de ingenieros navales que resonó distintamente entre el profundo silencio de los circunstantes, los carpinteros colocados sobre los cables que sujetaban el navio á la proa de la grada, levantaron sus hachas y los picaron con broa... alaron los cabrestantes de los palancuelos... acuñaron los disparadores de proa... y el navio crujió ó mas bien rugió sobre su base como un gigante dormido á quien despertasen con violencia.

Instantáneamente se vió moverse en el espacio... Los oficiales de la armada, todo el mundo, se descubrió y gritó: *viva la reina!* Tocaron las músicas la marcha real... y en menos de un minuto se disparó el navio directamente por el declive de la grada, á buscar en las aguas de la ria la flotacion necesaria para su gran mole.

Desde que principié el descenso hasta sentarse en el fluido, tardó veintidós minutos; presentando en seguida al público su elegante y formidable costado de estribor.

La desaparicion instantánea del navio *Rey Francisco de Asis* parecia tener algo de sobrenatural. El público sintió esa impresion aneja á las grandes trasformaciones de la maquinaria teatral: habituado á tener á su frente tan enorme mole, y no verla en menos de un minuto, parecia que no podia dirigir la vista al inmenso vacío que dejaba en la grada. Esta es una impresion tan unisona y tan general, que es imposible que pueda tener escepcion alguna, fisiológicamente hablando.

Y ahora, una vez descrita conforme al plan que nos hemos propuesto la caída al mar del navio *Rey Francisco de Asis*, concluiremos diciendo que España debe en vanecerse de poseer un buque de su porte tan perfectamente concluido que puede rivalizar con los mejores del mundo, y de volver á contar entre sus hombres de gobierno al celoso y entendido ministro de marina á quien tanto le debe por el engrandecimiento á que la impulsó desde que por primera vez tomó la carterá.

Este hombre regenerador de nuestra armada, este segundo marqués de la Ensenada, es el Excmo. señor marqués de Molins.

B. VICETTO.

## LA HERENCIA.

(Conclusion.)

Lo que pedia Perico no era cosa muy fácil; pero sin embargo, D. Timoteo se valió de tales resortes y tanto trabajó, que al cabo de seis meses consiguió se espidiese al grumete licencia absoluta, la cual fué enviada al comandante de marina de Cádiz. Pero Perico, atacado del escorbuto, lo mismo que otros marineros, fué depuesto en una de las islas del mar del Sud, y aunque custodiados por hombres bien armados, una noche fueron sorprendidos por los salvajes, los cuales quitaron la vida á los enfermos sin piedad alguna.

El capitán del *Trueno* dió parte de esta triste ocurrencia al ministerio de Marina, y D. Timoteo Galan, cierto de la muerte de su pupilo, derramó por él algunas lágrimas, porque le tenia cariño.

Pero Perico no habia muerto, pues cediendo otra vez á las inspiraciones de su mala cabeza, se fingió mas enfermo de lo que en realidad estaba, á fin de que lo trasportaran á la isla. Ya en ella, en la esperanza de que mas tarde abordaría á aquellas regiones algun buque que se dirigiese á España, al principio de la noche en que los enfermos fueron atacados por los salvajes, logró escaparse provisto de un fusil y de las municiones necesarias, decidido á arrostrar toda clase de peligros antes que volver á servir en el *Trueno*.

Y en verdad que no le faltaron peligros y aventuras: vagando de isla en isla, de continente en continente, no atreviéndose á presentarse á capitán alguno de buque español, porque conocia la suerte que le esperaba como desertor, llegó á tener veinticinco años sin que le animase la esperanza de volver al suelo natal. Sin embargo, al cabo de diez años de peregrinacion, el amor á la patria pudo mas que el miedo, y Perico volvió á respirar el aire de su país.

Con mas dinero que cuando huyó de Astorga, porque le habia hecho la necesidad un traficante nada torpe, Perico, antes de sufrir la suerte que merecia por su desercion, quiso abrazar á sus padres de leche el tío Diego Celama y Maria

Juana, pues al cabo de tantos años de vivir lejos de su país y de las personas que le querian, habia comprendido el valor del cariño que profesaba á su familia adoptiva.

Perico halló á Bembibre en el mismo estado en que le dejó; pero ¿quién sabe los cambios que podia haber experimentado la familia del tío Diego?... El primer conocido á quien divisó de lejos fué Lantena el sastré, que se calentaba al sol, sentado en un banco de madera á la puerta de su casa.

Este le contó lo que habia pasado en su ausencia, y cómo los parientes se habian partido su herencia.

Perico guardó silencio, hasta que al cabo de un rato dijo con voz conmovida:

—¿Y el tío Diego?

Lantena abogó por él, diciendo que el bueno del pastor tenia derecho á ser recompensado por lo que ha hecho por tí. Tu familia conoció la razon, y le dió cierta cantidad, con la cual el tío Diego comenzó á almacenar madera, que vende á muy buen precio, hallándose hoy rico y establecido con su familia en unas tierras que ha comprado á una legua de Bembibre.

—¿Y el señor cura? preguntó Perico, quien hacia esfuerzos para ocultar su agitacion.

—Tan grandemente; y estoy seguro de que se alegrará mucho de verte.

—Voy á su casa, dijo Perico levantándose, y salió después de saludar á Lantena.

El aventurero fué recibido por el cura con mucha sorpresa, pero tambien con mucho cariño; y viendo el virtuoso pastor que Perico sabia el modo con que habia perdido la herencia, le preguntó, no sin alguna inquietud, lo que pensaba hacer.

—Antes de todo, respondió Perico, quiero probar que no he muerto, y que no es un impostor el que se llama Pedro Grijalba.

—¿Y después, hijo mio?

—Después, señor cura, veré si mis parientes quieren hacer algo por el heredero del señor Santiago Grijalba, que hoy no tiene ni una fanega de terreno de tantas tierras como le pertenecen.

—¿Es decir que no estás dispuesto á reclamar contra las particiones?

—Pensé hacerlo al principio; pero lo he reflexionado bien, y como desde que empecé á poseer el caudal no he tenido un dia feliz, y ahora tendria que despojar á los que han usado de su derecho pidiendo lo que les corresponde muerto yo, desisto de mi intento, y los dejo en pacífica posesion de la herencia de mi tío... Por lo que hace á mí, me contento con que me presten una corta suma para comprar un barco de cabotaje: con él, si Dios quiere, me labraré mi suerte sin haber hecho derramar lágrima á ninguno de mis parientes.

—¿Hijo mio, le dijo el cura tendiéndole la mano, toca esos cinco, porque eres un hombre honrado! Dios bendecirá tu rectitud y tu valor... Pero no tardes en ir á Astorga para acreditar que vives.

Al dia siguiente Perico se fué en casa del tío Diego, cuya familia le recibió con el mayor agasajo y con el tío Diego se puso en marcha para Astorga, y después de solazarse un momento con la estupefaccion del escribano, á quien dejó que dijese en favor de su familia cuanto tuvo á bien, Perico respondió:

—Vengo á suplicar á Vd. que me ayude á acreditar que soy Perico Grijalba, para decir en seguida á mis parientes que vivan en paz y que me estimen: ninguna otra cosa pido.

Asustada la parentela al saber la vuelta de Perico, acudieron á casa del escribano, persuadidos de que el legatario universal iba á hacer valer sus derechos; pero al salir de su estudio fueron en busca del espatriado llenos de gratitud, para ofrecerle dinero y servicios.

—Amadme, respondió Perico vivamente conmovido; con esto solo me contento. ¡Ah! Se necesita haber vivido como yo durante veinticinco años sin familia para saber lo que vale el cariño de nuestros parientes!

Pocos dias después llegó á Astorga D. Timoteo Galan, que se hallaba en Leon, y expresó su alegría de un modo que conmovió á Perico, el cual hacia mucho tiempo que habia conocido que la severidad de su tutor nacia de un cariño tan verdadero como ilustrado.

—Apruebo, dijo D. Timoteo á Perico, la resolucion que has tomado. Eres jóven y animoso; los trabajos te han robustecido y puedes trabajar; créate tú mismo tu fortuna, y no olvides que la consideracion general que adquieres con tu noble conducta para con tu familia, vale mas que tres mil duros de renta.

Cediendo á las instancias de sus parientes, aceptó Perico por via de préstamo una cantidad mas que suficiente para comprar un barco de cabotaje. Como la necesidad habia desarrollado en él la inteligencia y la actividad, en pocos años logró devolver el dinero prestado, y á poco vió crecer rápidamente su fortuna. Pero toda su vida fué patron de cabotaje, porque apenas sabia leer y escribir, y en vano quiso reparar el tiempo perdido, adquiriendo la necesaria instruccion: ¡ya era tarde!

Cuando llegó á ser viejo encerróse en una bonita casa de Bembibre, y decia muchas veces á sus sobrinitos cuando iban á pasar las vacaciones á su lado:

«¿Si volviera á ser muchacho, de seguro no haria lo que he hecho!... Hijos míos, vosotros contais con la herencia de vuestro pobre tío, y solo pensais en sus posesiones y en sus onzas de oro; pero yo os dejaré otra cosa mejor, porque voy á daros educacion costeados los estudios. Si se me antojara desheredaros, ¿qué os importaría esto? Con educacion é instruccion, el hombre vive en todas partes, al paso que el que no tiene educacion ni instruccion es un tonto de capirote que desperdicia el tiempo y la vida, y que deja pasar las mejores ocasiones sin poder aprovecharlas.

Creedme, hijos míos, la educacion y la instruccion valen mas que las minas del Perú: ellas son la única herencia estable, sin que puedan destruirla los sucesos: con ellas la miseria y el fastidio, ó no asaltan al hombre, ó á lo menos no son durables!

## ESCIPION EL AFRICANO.

(Conclusion.)

Al fin llegó el dia 11 de mayo, designado para el embarque de la primera division, de la cual formaba parte el regimiento de Escipion; fué un momento solemne aquel en que el regimiento pasaba del pie de paz al pie de guerra. Guitarrilla no dejó e-capar aquella ocasion sin dirigir á su hijo una corta alocucion, paternal y militar á un mismo tiempo.

«Escipion, hijo mio, le dijo, ya no eres un simple pilluelo, sino un defensor de la patria; tienes la honra de ser soldado francés, y es preciso mostrarse digno de esa honra: pronto habrás recibido el bautismo del fuego, y porque piezas tan temprano podrás ir mas lejos. Escipion, yo tendré en tí los ojos.»

En la novedad estriba el gusto, dice un refran antiguo, y así era mucha la alegría de los soldados franceses al saber que iban á embarcar-se. La vida de á bordo, cuyo fastidio é inconstancia no conocian, les encantaba desde luego, y lanzando gritos de alegría, ponian el pie en las tartanas que debian conducirlos al buque.

«Puedes alabarte, Escipion, de haberte embarcado en la escuadra mas bella que ha salido de un puerto francés.»

La travesía fué feliz; pero fué mas larga de lo que al principio se creia, porque la costa de Africa es difícil de abordar, y para ello son necesarias grandes precauciones. El 12 de junio se supo con placer que acababa de mandarse se prepararan al combate de desembarque, y el 13 por la mañana se encontró la escuadra al frente de Argel, pero la ciudad parecia desierta, y ni un solo cañonazo anunció que los buques habian sido descubiertos.

En el mismo instante, sobre las alturas que tenian por límite el horizonte, se descubrió la punta de una tienda árabe en la cual flotaba un pabellon encarnado, y con el auxilio de anteojos viéronse á través de los bosques de mirtos y retamas los burnous de algunos beduinos que con toda la ligereza de sus caballos se dirigian hácia Argel, sin duda para anunciar la noticia del desembarque. Al punto comenzó á hacer fuego la batería árabe.

«Vamos, dijo Guitarrilla, que cuesta mucho trabajo hacerlos hablar: empezaba á creer que ibamos á jugar por espacio de mucho tiempo al escondite; pero ya ves, Escipion, cómo nos reciben... no tengas cuidado, que mas es el ruido que las nueces.»

En aquel mismo momento una bala de cañon derribó á un soldado.

Es difícil formarse una idea de la alegría de un ejército el dia de un triunfo. Aquella playa, casi desierta la víspera, estaba animada por la presencia de 30,000 hombres que hacian resonar el aire con mil cánticos de placer. En semejante circunstancia los soldados ya viejos, los que se han hallado ya en campaña, son los mas hábiles, sin que nunca les apure lo que hace falta: así, Guitarrilla era el maestro de todos; y gracias á Magdalena, que le ayudaba en lo que podia, la marmita del peloton de Guitarrilla cocía antes que hubiera fuego en los demás vivacs. Pero por la noche, cuando aquel hermoso cielo de Oriente brilló sobre sus cabezas, los soldados se contaron los sucesos del dia, y todos declararon que Escipion era el primero que habia abordado al suelo de Africa.

«Pues bien, dijo un cabo furriel que habia estudiado alguna cosa, es preciso llamarle Escipion el Africano, y con eso será el tercero.» Esta proposicion fué acogida con entusiasmo, y Escipion colocado sobre uno de los cañones cogidos al enemigo, obtuvo ni mas ni menos que los primeros Escipiones el hermoso dictado de Africano. Las fogatas de mas de tres mil vivacs alumbraron aquel segundo bautizo del hijo de Guitarrilla, por lo cual el veterano, saltándose las lágrimas, cogió á su hijo en brazos, y subiéndose en un cañon, exclamó:

«Camaradas, lo juro á fé de soldado! nunca olvidará Escipion, os respondo de ello, que después de una victoria y en vísperas de un combate, ha recibido el glorioso dictado del cual se hará digno.»

En el momento en que se concluia aquella escena interesante, nacia el dia y se oyeron algunos fusilazos en los puestos avanzados. «Un minuto, dijo Guitarrilla; ahora se trata de ir á probar á los beduinos que Escipion el Africano está presente, y que no se le ha dado este nombre por cosas de risa.»

Aquí llegaba, cuando se comunicó la orden de avanzar, y Escipion el Africano partió en compañía de su padre.

Escipion habia adquirido con justo motivo el sobrenombre de el Africano, y todo el regimiento, sin escepcion la plana mayor, no le llamaba de otro modo. Enviado como esplorador en persecucion de algunos árabes que se habian dejado ver en las alturas que dominan los llanos de Sidi-Ferruck, el regimiento de Escipion se habia apoderado de la batería que habia hecho fuego, siguiendo los pasos del enemigo en direccion á Argel. Los soldados franceses estaban llenos de entusiasmo; pero algunos fusilazos tirados de una y otra parte indicaban únicamente la presencia de los árabes, quienes abandonaban el terreno casi en el mismo instante.

Escipion, que al parecer gozaba con aquel espectáculo nuevo para él, corria muy alegre al lado de Guitarrilla, quien velaba sobre él con la ternura de un padre y la inteligencia de un soldado que conoce los peligros de la guerra: con suma dificultad y regañándole conseguia el veterano que Escipion se quedase detrás de él. «Ah! exclamaba, ¿quieres que te maten, tumbuelo? ¿no has visto hace poco caer al sargento mayor Roucour con una bala en la cabeza? Si vas como ahora, te sucederá otro tanto.

—«Bah! respondia Escipion, el sargento mayor era alto, y como yo soy chico, las balas pasan por encima de mi cabeza.»

Después, acechando á su padre, se aprovechaba del momento en que este se hallaba ocupado, para correr hácia adelante y coger piedras que tiraba á los beduinos.

Al mismo tiempo que regañaba y aun juraba algunas veces, Guitarrilla se enveñecía al ver á su hijo corriendo de aquel modo. «Ese picaruelo, decia, irá lejos, porque nada teme.» Lo hacia observar á sus oficiales, y lo citaba como ejemplo á sus soldados, diciéndoles: «¿os vais á quedar detrás del muchacho? eso tendria que ver; seguid al Africano, haced lo que él haga, y no sereis los últimos que entrais en Argel.» Luego, cuando el fuego de fusilería se hacia mas vivo, el soldado desaparecia, el padre lo reemplazaba, y Guitarrilla, co-

giendo á Escipion por una oreja, lo colocaba detrás de él para cubrirle con su cuerpo.

Cuanto mas avanzaban, tanta mas resistencia encontraban, pues el terreno entre Sidi-Ferruck y Argel era una cadena no interrumpida de barrancos y malezas, de los cuales sacaban los árabes gran partido para ostigar á sus enemigos. Ocasionalmente en los bosques de aloes, mirtos y laureles, les mataban mucha gente.

El ataque del fuerte era la accion mas seria á que Escipion habia asistido, y á pesar de su deseo de acostumbrar á su hijo á los lances de la guerra, Guitarrilla habia consentido en dejarle algo detrás; pero semejante precaucion no agradaba al soldadillo, que con el descuido propio de su edad, y no calculando el peligro, queria verlo todo. Así, aprovechándose del tumulto que produjo la explosion del fuerte minado por los árabes, se unió á su padre, gritando que queria entrar en Argel con su regimiento.

Descubierto sobre las alturas por la toma del fuerte del emperador, enteramente bloqueado por la escuadra, Argel no tardó en rendirse y en abrir sus puertas al enemigo. De resultas de aquella capitulacion, tan honrosa para el ejército francés, Escipion, satisfaciendo su deseo, entró en la capital de los estados moriscos con su regimiento, que llevaba á la cabeza la música. La vista de aquella ciudad africana, cuyas blancas casas, cuyos techos en forma de azoteas soportan jarrines que se confunden con las que les rodean; el aspecto de aquellas calles estrechas y mal abiertas, en las cuales apenas cabian dos personas de frente, tenia alguna cosa extraña para los soldados franceses, y sobre todo para Escipion, que nunca habia visto otras poblaciones que las hermosas ciudades de Francia. Pero lo que llamaba su atencion mucho mas que las mezquitas, los minaretes y el soberbio panorama que se descubre desde el anfiteatro de Argel, eran los trajes pintorescos de aquella poblacion variada, compuesta de turcos, koulouglis, moros, biscarros, negros y judíos de rostro atezado. «Padre, decia á Guitarrilla, ¿por qué son tan negras estas gentes?»

«Esto no debe admirarte, respondia Guitarrilla; ellos no tienen la culpa, sino que han venido al mundo en un dia muy nublado; pero no por esto son menos malos.»

Durante su residencia en Argel, Escipion visitó con su padrino el capitán todas las curiosidades de la ciudad; las mezquitas, las tiendas, los cafés, en una palabra, todos los establecimientos indígenas. Pronto se familiarizó con el idioma árabe, tan fácil de aprender; y como al mismo tiempo que satisfacía su curiosidad, hallaba tambien ocasion de estudiar, hizo rápidos progresos. No por eso habia descuidado Guitarrilla la educacion militar de su hijo; antes por el contrario, conviniendo en que su propia ignorancia habia perjudicado á sus ascensos, preferia los talentos militares á otra cualquiera instruccion. «¡Ah! ¿qué es lo que se enseña en los colegios, decia á un soldado bisono, que ni aun sabes desarmar un fusil? Si por esto llevan tan caro, no hay duda que roban á los padres.»

La residencia en Argel fué pues muy útil para Escipion, que crecia mas y mas, y se iba haciendo un guapo mozo. Ya era él el que llevaba la contabilidad del capitán; ya, y esto al cabo de un año cuando mas de aquella vida activa y ocupada, sabia todo lo que puede saber un sargento. Todavía era un niño; pero ese niño era muy útil por su inteligencia y sagacidad. Una de las grandes dificultades en las relaciones de las tropas francesas con los mercaderes árabes agrupados en sus sombrías y sucias tiendas, era la analogía de sus pesos con los del vencedor, analogía que halló muy pronto Escipion. Era muy engorroso para los conquistadores, sobre todo para los soldados bisonos, saber lo que pesaba el *rott attari*, que es el peso que con mas frecuencia usaban. Escipion les explicaba al instante que aquel peso equivalia á diez y seis onzas ó una libra de Francia (medio quilógramo); si tenían que tratar en los mercados con los beduinos de la campiña, les hablaban de pesaron ó mucho; *elroll ghreddari*, y Escipion les explicaba que esa palabrota *elroll ghreddari*, representaba simplemente el peso de una libra que ellos conocian tan bien.

Cuando los kabilas ó beduinos de la montaña se decidieron á ir á los mercados franceses, fué por otro estilo, pues median por el *rott el kébir*, y los soldados echaban pestes hasta que Escipion les explicaba que el *rott el kébir* era el peso de libra y media. En fin, un dia Juan Pitou, el soldado de la compañía de Guitarrilla, volvió furioso en busca del sargento. «¡Ah, sargento! le dijo con enfado, ¿á qué país de salvajes hemos venido? Tengo todavía unas cuantas monedas de cien sueldos que me dió mi madre al partir; y como hubiésemos atrapado esta mañana un solazo al volver de la pueria Babazoun, donde nos hallábamos de guardia, quise refrescar ni mas ni menos que mis camaradas, lo cual está permitido. ¿No es verdad, mi sargento?»

«El vino ha sido concedido al hombre para refrescar, respondió sentenciosamente Guitarrilla; pero es preciso refrescar de modo que no se suba á la cabeza.»

«No tenga V. cuidado, mi sargento; no hay peligro con estos moriscos, que son mas bestias de lo que previene la ordenanza. Fui á casa de un judío que tiene vino, segun me dijeron, y le pedí un trago. ¿Sabe V. lo que me respondió ese ladrón mal blanqueado?»

«Te ha dicho que no lo tenia?»

«¡Ah! entonces lo hubiera comprendido; pero me dijo en su algarabía: *khoulle? ¿nas khoulle? ¿rebia khoulle? ¿tenin khoulle?* Hágame V. el favor de decirme si se puede responder con semejantes tonterías á un hombre que pide vino!... Aunque te rias tú, señorito Escipion que estás ahí agazapado, te digo que quise pegar al judío, y el capitán que acertó á pasar me ha mandado que diga á V., mi sargento, que tengo veinticuatro horas de arresto para que pueda refrescar.»

«Dios mío, qué tonto eres, Juan Pitou! dijo Escipion; ¿cómo no has comprendido que ese hombre te preguntaba cuánto vino querías? Si te hubieras pedido un *tenin khoulle*, te habria dado medio cuartillo.»

«¿De veras?... mejor hubiera querido ese maldito medio cuartillo que las veinticuatro horas de arresto.»

De este modo corria el tiempo muy pronto, y Guitarrilla veia con orgullo que su hijo se hacia un jóven notable, sobre lo cual hablaba muchas veces á Magdalena, quien participaba de la misma satisfaccion. «Mira, mujer, la decia, este muchacho á todos nos dejará atrás, y no se contentará como

su padre con los galones de sargento: tal vez algun dia tendrás la honra de dar de beber á un coronel que te dira: «gracias, madre!» Y Magdalena se reia de esas ideas singulares de Guitarrilla, quien continuamente veia á su hijo y discípulo en los grados mas altos de la milicia.

El batallon de Escipion, dejado en Argel por espacio de mucho tiempo, al fin fué llamado para ir á hacer su servicio en los blockhaus que defendian los llanos de la Metidja hasta las primeras puntas del Atlas. Un blockhaus es cosa bastante difícil de explicar á los que nunca lo han visto; sin embargo, como Guitarrilla y su hijo van á pasar algun tiempo en uno de esos blockhaus, bueno es dar su explicacion.

El blockhaus es invencion alemana, y su nombre quiere decir en esta lengua *casa de madera*. El blockhaus tiene muchas formas, y los franceses adoptaron para la expedicion de Argel el de dos pisos para fuego de infanteria, que es una casa cuadrada que parece un molino sin aspas, y que termina en un techo de madera. Las paredes de esta especie de ciudadela se componen de tabloncillos fijos por una punta en una larga pieza comun llamada *paneta*, y por la otra en otra pieza longitudinal llamada *sombbrero*, reunida á la pieza inmediata por ensambladuras muy sencillas. El piso alto tiene salida por el bajo, que sirve de almacen, y en las tablas que forman las paredes se abren troneras, por las cuales los defensores del blockhaus hacen fuego al enemigo.

Penétrase desde el piso bajo al alto por un escotillon, que se levanta y puede servir para defender los contornos del pié del blockhaus, sea con fusiles, sea con granadas. Cuando todas las piezas de un blockhaus estan numeradas, bastan para construirlo ocho horas de trabajo y treinta y seis hombres ejercitados en semejante faena.

Hacia ya algunos dias que Guitarrilla y sus soldados no hacian otra cosa que dormir, limpiar el armamento y hablar. Este reposo empezaba á serles muy pesado, y tenían envidia á sus camaradas que tomaban parte en las expediciones contra los árabes. «Decir, exclamaba el sargento, que yo, Guitarrilla, he venido á Africa para permanecer encerrado en una barraca de madera, y dormir como una marmota!... Si esto continúa, pido que me hagan intendente militar; á lo menos esto es mas civil... Oh! oh! dijo el sargento después de mirar un instante por una rendija de la pared que daba hacia las montañas, dígame V., mi teniente, ¿qué es eso que se ve allá arriba sobre las crestas de los montes? Parecen burnos.»

«Tienes razon dijo el oficial, después de mirar un rato, son árabes; parece que te se va á cumplir tu gusto, y que no permaneceremos aquí como marmotas. Manda que toda la gente se prepare, y recibámoslos como merecen.»

«No tenga Vd. cuidado, mi teniente, que voy á disponer la música; pero es preciso no engañarse; la noche avanza, y lo que es esta tarde no nos atacarán: es preciso aguardarlos esta noche, porque estos pícaros son como los gatos, que ven sin luz.»

Todo el mundo se preparó á la defensa, pero sin que nada pudiese indicar al enemigo que habia sido descubierto. Escipion escuchaba con atencion las órdenes que daba el jefe del destacamento, y se proponia tomar parte en la accion que debia darse bien pronto. Luego que el teniente distribuyó sus soldados y les encargó que no hiciesen fuego hasta que estuviera el enemigo muy cerca, mandó á Escipion que vigilase los movimientos de los árabes y le diese parte, mientras él se apostaba con algunos de los soldados cerca de la trampa que sirve para defender la entrada.

«Escipion! dijo Guitarrilla, tú tienes ojos de quince años, y es preciso que te valgas de ellos ahora que la ocasion es magnífica. Aquí se trata de la vida ó de la muerte: conque firme en tu puesto, y coge un fusil; pero no hagas fuego hasta que te lo digan.»

Escipion, envanecido con su importante mision, se colocó en la almena mas elevada, y acechó al enemigo; el teniente se hallaba abajo en medio de su gente, y Guitarrilla estaba colocado de modo que podia servir de intermediario entre Escipion y el teniente.

«Padre! dijo á media voz Escipion desde lo alto de su observatorio, veo que uno se adelanta á lo largo de los matorrales: ¿le apunto?»

«¡Espera! Mi teniente, ¿está todo dispuesto?»

«Sí.»

«Si tienes seguridad de darle, haz fuego.»

Y al instante se oyó un tiro.

«Bravo! dijo Guitarrilla, es un jefe. Bueno! eso le enseñará á venir á disputar en la tercera del segundo.»

Era en efecto un aghá, á quien Escipion acababa de derribar. Bien, muchacho! dijo Guitarrilla; ahora vendrán á buscarlo, y nos portaremos como amigos.»

Lo que habia previsto Guitarrilla no tardó en efectuarse: una masa de caballería é infanteria se lanzó contra el blockhaus; pero fueron recibidos con tanto vigor por los quince franceses, que titubearon un momento; vueltos de nuevo á la carga, fueron rechazados por un fuego muy sostenido, y por tiros de fusil raros, pero siempre tan bien apuntados, que ni uno solo se perdía.

Llegada la noche, suspendiéronse las hostilidades, y los árabes se retiraron; mas Escipion no dudó que volverian á la carga. Asustado del peligro que iban á correr al dia siguiente sus compañeros de blockhaus, buscó un medio de salvarlos, y después de reflexionar solo y sin pedir consejo á nadie, tomó una determinacion peligrosa, y que exigia sangre fria é intrepidez.

Conocido de todos los soldados del puesto, por la noche pudo ir á visitarlos y á hablar con ellos: en aquel momento tan peligroso, todo el mundo, pensando en su seguridad personal, se ocupaba poco de los demás, y sobre todo de Escipion. Un solo individuo, el valiente Guitarrilla, pensaba en aquel que solo se ocupaba en salvar á sus hermanos, pues conociendo su incapacidad para la defensa del puesto, Escipion habia buscado otro medio de serles útil, y para que saliera bien su plan se deslizó aquella noche hacia el parapeto, hablando con los centinelas, y dejándolos sucesivamente como para ir en busca de otro.

La noche pasó sin nada notable; y como esperaban un tercer ataque, todos estuvieron ocupados en los preparativos necesarios. Guitarrilla preguntó muchas veces dónde estaba su hijo. «Acabo de verle, respondian los centinelas á quienes acababan de relevar, está allá abajo en el parapeto.»

Al rayar el dia se descubrió el blockhaus rodeado de enemigos que habian acudido de todas las alturas y del llano: los árabes ostigaban de cerca el débil recinto donde estaban encerrados los franceses, y sin embargo dudaban en atacarlo abiertamente. El silencio que reinaba en la ciudadela era amenazador, y todos se hallaban en su puesto en esa ansiedad que siempre precede á los acontecimientos formales. Bien pronto los árabes se arrojaron contra el blockhaus lanzando gritos, y los enemigos los dejaron acercar; mas cuando se hallaban á tiro de pistola, una descarga bien dirigida arrojó el desorden en las filas de los árabes, los cuales se retiraron, dejando en el sitio gran número de muertos.

Exasperados con aquella resistencia que no esperaban, los árabes volvieron á la carga con nuevo furor; pero los franceses sostuvieron con igual calma el segundo choque. Intrépidos unos y otros, los árabes recibian nuevos refuerzos, reemplazando sus muertos con sitiadores furiosos: do quiera hallan la muerte, y un fuego mortífero los diezma; si quieren escalar el parapeto, un muro de bayonetas los rechaza, y granadas arrojadas á propósito en sus apiñadas filas, causan en ellas un gran destrozo.

Sin embargo, ya habian quedado fuera de combate muchos de los defensores; Guitarrilla, aunque herido, animaba á los suyos con su ejemplo y sus palabras. «Ea, muchachos! les gritaba, no hay que dormirse! probemos á esos moriscos que su piel, por mas negra que sea, no es mas dura que la nuestra. A tí, Juan Pitou, te toca ese alto que se acerca! Bien, muchacho! con eso podrás decir en la tierra que has demolido un bajá de tres colas que no ha tenido talento para hacértela á tí.»

Ya habia muchas horas que aquel combate duraba con igual encarnizamiento, cuando los árabes, cuyo número se aumentaba por momentos, consiguieron, subiendo sobre los cadáveres, llegar hasta el parapeto, y obligaron á los franceses á encerrarse en el blockhaus. Cada vez se hacia mas crítica la situacion de los sitiados; los beduinos, no pudiendo penetrar en la ciudadela, imaginaron un medio que debia reducir á sus contrarios al último extremo; juntaron gran cantidad de yerbas secas y matorrales, y rodeando el blockhaus le prendieron fuego. El humo penetrando por las troneras, y no hallando salida, ahogaba y cegaba á los franceses, que no encontraban medio de salvacion. Una salida era imposible, porque la trampa era sobrado estrecha para que pudiesen salir muchos hombres á un mismo tiempo, y hubieran sido asesinados sin poder defenderse al bajar la escala que habia sido retirada.

En aquella crítica posicion, los franceses resolvieron hacer saltar la barraca antes que rendirse, y Guitarrilla se encargó de reunir las municiones que quedaban, y prenderlas fuego cuando hubiese desaparecido toda esperanza. El soldado hubiera cumplido con orgullo con aquella comision; pero era atroz para un padre! Buscaba á Escipion en medio de la oscuridad, y lo llamaba en alta voz. «¡Pobre hijo, decia, morir tan jóven y de un modo tan cruel!... Pero nadie le respondia; esclavo de su deber, el infortunado padre no se atrevia á abandonar su puesto, pues su teniente solo á él habia confiado la comision de arrebatarse á los beduinos las cabezas de sus soldados. Un triste silencio, solo interrumpido por los gritos salvajes de los árabes, reinaba en el blockhaus; algunos minutos mas, y Guitarrilla se iba á ver obligado á desempeñar su encargo, sin haber podido siquiera abrazar á su hijo... De repente estalla un gran tumulto en torno de la ciudadela; los árabes lanzan nuevos gritos; oyes un fuego de fusilería bien sostenido, y resuenan á lo lejos algunos cañonazos: el consuelo, la vida y la esperanza renacen en el corazon de los soldados franceses ya dispuestos á morir.»

A través de las troneras se descubre á los cazadores de Africa que corren con toda la velocidad de sus caballos, y se arrojan sobre los beduinos, los cuales se replegan en desorden. «Los franceses están ahí! abrid! abrid! grita el teniente, que salga todo el mundo!» Colocada la escala, los franceses se lanzan hacia ella y respiran; las yerbas, los abrojos son arrojados por cima del parapeto, y el enemigo que ve adelantarse á paso de carga una columna de infantería, huye por todas partes, perseguido por los cazadores, y se dirige hacia las montañas.

En el momento en que Guitarrilla reunia á su gente para tomar parte en el combate, Escipion, saltando de la grupa de un caballo de un cazador, corrió hacia su padre. «Parece que hemos llegado á tiempo; esclama.—¿Cómo! dice Guitarrilla, ¿has sido tú?—Sí, padre; habia visto que no podíamos sostenernos mucho tiempo; necesitábamos socorro indispensablemente, y he ido á buscarle.»

«Abázame, muchacho; has tenido una buena idea; ¿pero por qué no me lo dijiste?»

«No tenia tiempo, pues era preciso aprovechar los instantes; si los árabes me descubrian, todo lo habiamos perdido; por otra parte, tenia no poco que andar, y no podia tomar el camino mas corto.»

Esta accion acreditó el temple de alma del Africano, quien habia hecho prueba en aquella circunstancia de perspicacia, valor y destreza, pues tuvo que pasar por en medio de los árabes y burló su vigilancia; si hubiese salido mal, su muerte era segura. Así es que cuando volvió al regimiento, fué acogido con entusiasmo y felicitado por todo el mundo; su nombre se puso en el orden del dia del ejército, y mas que nunca se habló en el vivac de Escipion el Africano.

Desde aquel dia Escipion fué considerado como un buen soldado; y á no ser por su corta edad hubiera ascendido. Los elogios de sus camaradas, sus jefes y los generales que quisieron verle, no le causaron amor propio. El mas vano con todo esto era su padre Guitarrilla, quien decia: «bien sabia yo que este muchacho iria lejos; pero no creia que seguiria tan pronto las huellas de los jefes de fila.»

No seguiremos á Escipion en todas las marchas, contra-marchas y combates en que tomó parte durante algunos años, y en las cuales se distinguió siempre. Luego que lo permitió el reglamento obtuvo los galones, y servia de modelo para todos por su celo en el servicio y su valor en los combates.

A los dos dias los oficiales anunciaron á la tropa que estuviese pronta para marchar aquella misma noche. En vista de esta orden todos limpiaban sus armas con fanático esmero y hacian sus preparativos sin pronunciar una palabra. Guitarrilla y Escipion, siempre impacientes por lanzarse sobre el



Guitarrilla saludó militarmente, y se apresuró á cumplir aquella orden.

—Ea, listos! decía á los soldados, procuremos despacharnos. El subteniente no es hombre de broma, y cuando dice una cosa, no hay que hacerle observaciones. Luego partió con su tropa, mas feliz que si hubiese sido millonario ó mariscal de Francia.

Después de ejecutar con mayor puntualidad tal vez que de ordinario las órdenes de su jefe, Guitarrilla volvió y se le presentó en su tienda.

—No hay novedad, mi alférez, le dijo; pero las avanzadas han tenido esta noche una visita no muy buena.

Al día siguiente se preparó una gran expedición, pues se trataba de rechazar hasta el desierto á Abd-el-Kader, que habia logrado sublevar de nuevo algunas tribus sometidas durante algun tiempo. Se habia mandado que el regimiento formase parte de una de las columnas expedicionarias, y se dispuso á marchar con gran entusiasmo.

—Muchachos, decía Guitarrilla á sus soldados, Vds. no querán que su sargento no vaya con la expedición; ya que Kader me convidó á comer durante algunos meses, es muy natural que yo vaya á visitarle: no consiste todo en ser sargento; es preciso también ser político; y si alguna vez le echo mano, le trataré con todo el miramiento... que él ha tenido por mí. Adelante pues, y tened cuidado con los nudos corredizos, porque son muy poco saludables.

La expedición se puso en marcha, y entonces sí que tenia vanidad Escipion. Allí, todos los días y á todas horas, Escipion tenia que darle algunas órdenes: aquel país que recorría de nuevo, era para él perfectamente conocido, y así muchas veces le consultaban acerca de los medios de abreviar la marcha y la dirección que convenia tomar para hallar un buen vivac por la noche. Su experiencia era muy útil; y cuando llegaron al punto donde jamás habian estado las tropas, el príncipe que mandaba la expedición llamó á Escipion, y le conservó á su lado para que le diese los informes oportunos.

Cuando Guitarrilla supo aquel favor que tanto podia servir á su hijo, no pudo menos de alabarse un poco. «Ya ves, Juan Pitou, y vosotros también, oh soldados, ya veis que la familia de Guitarrilla es bastante favorecida de la suerte; el padre, aquí presente, ha tenido el honor de hablar á S. M. el emperador Napoleon, y ved ahora al hijo hablando con el príncipe, lo cual es muy lisonjero. Sin embargo, no por esto tendré mas orgullo; y con tal que cada uno haga bien su servicio, nada diré: únicamente recuerdo á Vds. que el ejército tiene puestos los ojos en Vds.; y que el subteniente y el sargento que los mandan han hablado con príncipes y emperadores como si fueran simples cabos.

—Me parece, dijo el cabo del centro, que era algo hablador, que un cabo es un hombre como cualquiera otro.

—Se me antoja, cabo, que eres algo ambicioso, y es preciso que sepas que el cabo es un ser anfibio, que aun no ha sido clasificado por Lacepede, el mayor animalista de Francia; ni es sargento, ni es hombre. La prueba me la vas á dar tú. Veamos de qué se compone un puesto pequeño.

—De cuatro hombres y un cabo.

—¡Pues bien! si el cabo fuese hombre, se diria de cinco hombres. Esto es tan claro como la carga en doce voces.

Abd-el-Kader después de grandes esfuerzos habia conseguido fortificar una plaza situada en la estremidad de la frontera. Era una ciudad abandonada hacia mucho tiempo, pero cuyas murallas, construidas de nuevo y armadas, podian ofrecer un refugio al sultan, y contener las tropas francesas, empeñadas en los desfiladeros que dominaba. Contra esa plaza se dirigian las tropas, y durante algunos dias el emir se limitó á picarles la retaguardia unas veces, y otras á disparar algunos tiros á la vanguardia.

Sin embargo, á medida que se acercaban al fin de la expedición, la resistencia era mas viva, y orgulloso con pasar de uniforme y armado aquellos sitios que habia recorrido cubierto de harapos y prisionero, Guitarrilla guiaba á sus camaradas, indicándoles el camino y diciéndoles: «paciencia! allá abajo hay un manantial, y dentro de dos horas encontraremos el famoso rio de la ensalada, pudiendo ahora sazonalá á nuestro gusto.»

Al concluir el octavo día de marcha, descubrieron la ciudad, objeto de la expedición, plaza situada en la vertiente de una de las grandes cadenas del Atlas que costean el desierto, y que habia sido puesta al abrigo de un golpe de mano con no poca habilidad. Poseia una artillería bastante numerosa, y todas las fuerzas del sultan se hallaban reunidas bajo sus obras avanzadas.

La noche se invirtió en preparativos para la em-



Niña azteca.

bestida del día siguiente: unos ponian en buen estado las armas; otros lo limpiaban todo, riendo y cantando, porque la vispera de un día de batalla siempre es bella para el soldado: solo arriesga aquello que ya ha sacrificado, la vida, y espera todo lo que desea, un ascenso ó una cruz.

Al rayar el día, todo el mundo estaba sobre las armas, dispuestas las columnas de ataque, y Escipion á la cabeza de su peloton.

—Padre, dijo, nosotros que conocemos algo este país, es

sido el primero que tomó posesion de aquella tierra enemiga, en la cual habia plantado su bandera marteniéndola y defendiéndola, y este militar á quien todos nombraban era, como ya sabeis, Escipion el Africano.

Los jefes de los cuerpos se hallaban reunidos, y acababan de presentarse al príncipe todos los partes: este que sabia todo el efecto que produce sobre la moral de un ejército una recompensa dada á tiempo, iba á dar la cruz á Escipion en presencia de todos los oficiales superiores, cuando se oyó una voz que decía: deténgase V. A. Monseñor; no me quite V. A. mi última felicidad en este mundo.»

Era Guitarrilla, á quien sostenian Juan Pitou y el cabo del centro, y que se habia hecho llevar hasta allí.

—Perdon! pero no desoiga V. A. la súplica de un soldado anciano que muere por su país...

—¡Padre mio!... exclamó Escipion dirigiéndose hacia él...

—Hijo, todo ha acabado para mí... he recibido mi pret, y ya está firmado mi pasaporte para ir á juntarme con tu madre... No llores, hijo mio, muero dichoso y contento, porque veo flotar la bandera que has puesto allá arriba; veo tu charretera, y que has merecido la cruz... Solo tengo que pedirte una gracia, y creo que no me será rehusada.

—Monseñor, dijo el viejo sargento con una voz que se debilitaba mas y mas, el emperador Napoleon me dió esta cruz... siempre la he llevado con honor... ruego á V. A. que la ponga en el pecho de Escipion... que yo la vea brillar allí un momento... la bala del enemigo la ha mutilado un poco, pero es igual; que la lleve por mí... este es mi último voto.

Todo el mundo lloraba, excepto el anciano soldado que se agarraba á la vida para ver á su hijo con su cruz; y cuando el príncipe se le presentó de este modo decorado, al parecer se reanimó un instante. «Escipion! exclamó con voz mas firme, he sido soldado durante cincuenta años, y nunca he tenido que echarme en cara cosa alguna... mi honor, hé aquí todo lo que te dejo; pero está en buenas manos, ya lo sé... Mas feliz que yo, podrás ascender, adelantarte... No por eso te envanezcas, hijo mio; y cada vez que obtengas un nuevo grado... consagra un recuerdo á tu padre que va allá arriba á rogar por tí...

Apenas habia pronunciado estas palabras, Escipion solo estrechaba en sus brazos un cadáver...

Terminaremos aquí esta larga historia, y no creemos haber perdido el tiempo en contarosla, si ha podido haceros comprender que con trabajo, celo, constancia y valor, no hay posicion humilde de que uno no pueda salir.

Escipion sigue en Argel la carrera que desde niño empezó, y quien sabe lo que le tiene destinado la suerte! Luis XVIII, monarca ilustrado que sucedió en el trono de Francia al inmortal Napoleon, decía que «el soldado lleva en su mochila la faja de general,» y nosotros conocemos á mas de uno que gracias á su valor y su talento ocupa hoy los primeros puestos de la milicia, sien'o así que no hace muchos años era un simple soldado.



Las tres reinas.

## LAS TRES REINAS.

## CAPITULO V.

Tocaba ya á su término el tempestuoso reinado de la desgraciada Juana. Todos los correos la llevaban noticias de nuevas deserciones, y de que la princesa María se hallaba ya al frente de treinta mil hombres, cuyas fuerzas eran dos veces mayores que las de Northumberland. La capital estaba también en estado de insurrección; formábanse en ella numerosos grupos, que capitaneados por el jóven Gilberto, á quien ya conoce el lector, avanzaban hasta la Torre de Londres, intimando á la guarnición que abriese las puertas á los vasallos de la reina María. Rechazados fácilmente, volvían á la carga al siguiente día, y se temía que llegasen á intentar un ataque en regla.

El consejo privado, por su parte, habia trazado á Northumberland un plan de campaña que le obligaba á obrar con suma lentitud, y del cual no se atrevía á separarse en un ápice, porque no ignoraba que sus enemigos atribuirían un revés cualquiera que sufriese á su falta de conformidad con el plan que se le habia impuesto. Aunque dotado de gran valor, no conocía que en ciertos casos la audacia es prudencia, y que entonces es cuando debe jugarse el todo por el todo. No tardó en convencerse de esta verdad y en resignarse á verse continuamente derrotado.

Por último, un suceso desastroso para los partidarios de Juana avivó las esperanzas de los campeones de María. Seis buques provistos de municiones y de hombres, estacionados delante de Yarmouth, tenían orden de impedir que la princesa huiese por mar. Sir Enrique Jerningham, muy adicto á María, habló á los capitanes y les persuadió á que se declarasen en su favor.

No bien llegó á la Torre de Londres la noticia de esta defección, cuando los mas ardientes amigos de Juana consideraron perdida su causa y se dispusieron á pasarse al enemigo. El duque de Suffolk, lleno de ansiedad, escribió á lord Dudley encargándole que volviese sin demora: el esposo de la reina se apresuró á corresponder á este llamamiento, dando así á entender que estaba avergonzado y pesoso de haberse ausentado bruscamente.

Juana le recibió con vivísima ternura, y su entrevista conmovió al duque de Suffolk, á la duquesa de Northumberland y á lady Hastings. Lord Dudley se arrojó á sus pies y le pidió perdón por haberla abandonado en el momento del peligro.

—No quiero recriminar, respondió Juana, pero no negaré que vuestra ausencia me ha afligido mas que cuanto ha acontecido durante estos dias aciagos. Mi corona era también vuestra, pero ahora creo haberla perdido; nunca tuvo gran valor á mis ojos, pero á los vuestros es una joya inestimable.

—No habéis así, reina mía, pues no han llegado las cosas á una situación tan desesperada: tengo cartas de mi padre que respiran la mayor confianza, y en la última me anuncia la proximidad de una batalla. Creo que el primer correo nos traerá la nueva de una victoria.

—Quéralo Dios! pero yo no concibo tan halagüeñas esperanzas: con todo, he tomado todas las medidas que reclaman las circunstancias.

—Hija mía, dijo el duque de Suffolk, no debo disimular que he recibido cartas de Northumberland, muy diferentes de las que han llegado á manos de lord Dudley. El duque se manifiesta indeciso, porque la deserción aclara de día en día sus filas; de modo que si no recibe refuerzos, le será imposible hacer frente al enemigo.

—Esas son malísimas nuevas, milord, repuso Juana tristemente.

—¿Y qué! ¿A nadie podemos enviar? preguntó lord Dudley. Si hace falta un jefe, estoy pronto.

—El duque se ha llevado hasta los alabarderos, y es imposible sacar un solo soldado de la guarnición de la Torre. Londres está conmovido, casi en rebelion abierta, y de un momento á otro puede atacar la fortaleza ese populacho partidario de María.

—Milord, dijo la duquesa de Northumberland á Suffolk, os ha faltado energía en el Consejo privado: os domina, y su autoridad absorberá la vuestra... también S. M. ha dado demasiado crédito á los artificiosos consejos de Simon Renard.

—Simon Renard solo me ha dado sanos consejos, replicó Juana.

—Estáis en un error, reina mía, contestó Dudley, pues conspira contra vuestro trono y contra vuestra vida.

—Es demasiado cierto, añadió Suffolk: he descubierto sus negras intrigas.

—¡Ah! exclamó Juana, si se me probase su traición, el último acto de mi reinado sería vengarme.

—¿Podemos contar con la guarnición? preguntó Guilford.

—Está dudosa, y no es imposible que se pronuncie en favor de la pretendiente.

—¿Y el consejo privado?

—Se ocupa activamente en consumir nuestra ruina y en atender á su propia seguridad.

—Juana, gritó lord Dudley, aquí se necesita resolución, y yo quiero reparar mis faltas. Mientras mandéis en la Torre, seréis reina de Inglaterra, aun cuando mi padre sea batido, y aquí es mas temible el Consejo privado que en el campo de batalla el ejército de María. Autorizadme pues para que pueda prender inmediatamente á todos los individuos peligrosos de dicho Consejo, así como á los dos embajadores Renard y Noailles.

—Milord... murmuró Juana asustada.

—Es el único medio de salir del paso. Este golpe los confundirá, y al mismo tiempo los pondrá en vuestro poder, como una amenaza contra las pretensiones de María.

Si, sí... es verdad: voy á autorizaros como pedís, para que acabemos de una vez.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un ugiar anunció á Renard, á Arundel y á Pembroke.

—Llegáis á tiempo, señor Renard, dijo Guilford, supuesto que me disponía á buscaros.

—Y yo me felicito por haberos ahorrado esa molestia, respondió el embajador: también os doy la enhorabuena porque habéis tomado posesion de vuestra sangre fría, que os aban-

donó tan súbitamente, y de vuestra Real esposa, á la que creo no volveréis á abandonar.

—¡Insolente! le gritó Dudley... Guardias, asegurad su persona.

—No tenéis autoridad para hacer eso, repuso Renard echando mano á su espada.

—Ejecuto las órdenes de la reina.

—Un embajador es inviolable: el emperador Carlos Quinto se resentirá profundamente por el ultraje que recibe mi persona.

—Caigan sobre mí todas las consecuencias.

—Vuestra Majestad no consentirá en que se me obligue á sufrir tal injuria.

—Señor Renard, contestó Juana, tengo motivos para creer que os habeis burlado de mí; y si llevo á convencerme de que son fundados mis recelos, os declaro, que aunque fuéis el mismo hermano del emperador, pagaríais vuestra felonía con vuestra cabeza.

—Vuestra Majestad se prepara un duro arrepentimiento; además, el Consejo privado ordenará que se me ponga en libertad.

—En ese caso importa que no se demore mi autorización, á fin de que cuanto antes pueda yo prender á los miembros del Consejo; y pues la casualidad ha hecho que esten aquí presentes los buenos condes de Arundel y de Pembroke, les intimo que os sigan á vuestro arresto.

—¿Qué significa esto? exclamó Pembroke.

—Que lord Dudley se ha despertado del letargo que ha tenido en Sion-House, dijo Simon Renard, y que da por seguro lo que ha visto en sueños, á saber, que está en peligro la corona de su Real consorte.

—Se me figura que es una broma, observó Pembroke. ¡Preso casi en masa el Consejo privado en tan críticas circunstancias! Milord, ¿queréis obligarnos á manifestar nuestro poder?

—Quiero que reveleis vuestros infames proyectos contra su majestad la reina. Llevadlos.

—Una palabra antes de marchar, graciosa soberana, dijo el conde de Arundel.

—No, no: lord Guilford obra así con arreglo á mis órdenes, segun os lo ha dicho: mañana temprano reuniré el Consejo, podreis asistir á él, y os será fácil explicaros y defenderos.

Hizo una seña despues de pronunciar estas palabras, y los conjurados fueron llevados fuera de la Real estancia.

Cuando se alejaban entre dos filas de alabarderos, dijo Renard á media voz:

—Ya es tiempo de que termine esta farsa.

—Sí, contestó Pembroke, y lo primero que haré mañana en el Consejo será proclamar á la reina María.

—¡Y ese mentecato Dudley, que cree que puede tenernos encerrados! murmuró riéndose el primero. Todos los aposentos de la torre de Londres tienen salidas secretas, y entre ellas no hay una sola que no conozca yo perfectamente. Vamos, vamos: no nos faltará ocupacion esta noche.

Algunas horas despues hallábase sola la reina en su gabinete, cuando de pronto oyó un ruido ligero detrás de la tapicería que cubria las paredes: la tapicería se agitó casi al mismo tiempo, y Juana vió con la mayor sorpresa que penetraba en su estancia un hombre por una puerta cuya existencia ni aun remotamente sospechaba.

Aquel hombre era Simon Renard, quien sin pronunciar una palabra, fijó por un instante en ella sus amenazadoras miradas.

Levantóse Juana huyendo de aquella fascinacion, y exclamó con irritable acento:

—¿Qué queréis? ¿Cómo habeis salido de vuestro encierro? ¿Cómo habeis penetrado hasta aquí?

—Poco os importa.

—¿Conque estoy rodeada de traidores?

—Vengo, al contrario, por vuestro propio interés, á aconsejaros lo que os conviene.

—¡Vos! ¡Dios mio! ¡Vos!

—Sí, á informaros del terrible peligro que os amenaza. Milady Dudley, ya no sois reina de Inglaterra, porque el duque de Northumberland ha licenciado sus tropas y proclamado á la princesa María.

—Mentís.

—De todos modos, no desprecieis este aviso: soy el único que sabe la noticia, pero mañana se publicará por todas partes. Huid, ya que todavía es tiempo.

—No; aun cuando sea cierta esa noticia, de la cual debo dudar, no apelaré á la fuga: si he de abdicar, no lo haré al menos por vuestro mandato. Soy reina aun, y vais á tener al punto la prueba. Guardias, acudid y apoderaos de este traidor.

Antes de que se pudiese llevar á efecto esta orden, habia ya desaparecido Simon Renard por detrás de la tapicería, y á pesar de las mayores pesquisas, fué imposible encontrar la menor señal de puerta ó abertura en las paredes.

Apenas comenzaba Juana á tranquilizarse de la turbacion que la habia causado la presencia del embajador, cuando un ugiar se presentó para poner en sus manos un anillo, de parte de una muger anciana, que segun dijo solicitaba en aquel momento audiencia de S. M. La reina reconoció en aquella alhaja la misma que habia dado á Gunnor Braose, y mandó que esta entrase: poco despues abrazaba la vieja sus rodillas.

—¿Qué es lo que deseais, buena muger? la preguntó Juana. He prometido cumplirlo al primero que me pidais. ¿Habeis venido á recordarme mi palabra?

—Escuchadme, señora, y no desprecieis lo que voy á deciros, porque es de la mayor importancia. Vuestra corona, vuestra libertad y vuestra vida estan en peligro; el Consejo privado se propone desposeeros mañana y proclamar á la princesa María. ¿Os acordais de lo que os dije cuando os disponiais á venir á esta fatal fortaleza? Mis palabras se cumplen. Os han hecho traicion, y estais perdida.

—Levantaos, buena muger. Tal vez será cierto lo que decís y quedarán triunfantes mis enemigos; pero no me humillarán. Ya no puedo retroceder; y supuesto que he aceptado una corona, debo y quiero conservarla hasta que me la arranquen de las sienas.

—Pero os la arrancarán en el tajo, señora! ¡Oh! Os pido que me oigais. Esta noche podeis huir; pero mañana será ya tarde.

—Y ahora también lo es, respondió Simon Renard, que acababa de introducirse por segunda vez en el gabinete de la

reina. Milady Juana Dudley, solo os queda un medio, un medio único de salvar vuestra vida, añadió presentando á Juana un pergamino; firmad vuestra abdicacion; firmad, y me encargo de obtener para vos y para vuestro esposo el perdón de la reina María.

—María no es reina y... yo no firmaré.

—Pues bien; en su nombre os declaro usurpadora, y os prevengo que si persistís en ejercer las funciones de la soberanía, no os librareis del hacha del verdugo.

—Creed que no exagera vuestro riesgo, dijo Gunnor á Juana.

—¿Qué haceis aquí? preguntó Renard á la vieja.

—He venido con las mismas intenciones que vos, á hacer presente á esta noble y generosa dama el peligro que la amenaza.

—¿Y sabe por qué habeis sido conducida á la Torre de Londres?

—No.

—Yo lo diré. Esta muger, señora, envenenó á vuestro predecesor Eduardo VI por orden del duque de Northumberland.

—¡Falso! ¡Falso! exclamó la reina. Yo no puedo creer...

—Creedlo, murmuró Gunnor, porque es verdad.

—¡Desgraciada! Acabais de pronunciar vuestra sentencia. No lo ignoro; pero entre los mas crueles tormentos sostendré lo que acabo de decir.

—¿Y qué motivo pudo inducir al duque á cometer un crimen tan infame?

—Era preciso que el rey exhalara su último suspiro con tal precipitacion, que las princesas María é Isabel no lo supiesen á tiempo; pero no es esto todo, señora.

—¿Qué nuevas atrocidades vais á referirme?

—Vos debiais seguir á Eduardo al sepulcro, porque Northumberland queria apoderarse del poder soberano. Con esta idea os unió á su hijo; con la misma consiguió carta-patente del rey en favor vuestro; por eso os hizo proclamar reina, y anhelaba hacer rey á vuestro esposo. Despues de lograr esto, estabais destinada á perecer por medio de un veneno.

—¿Un veneno!

—Sí, dijo Gunnor, y yo debia ofreceroslo: hé aquí por qué os aconsejé que no pusiérais los pies en la Torre de Londres: hé aquí, por qué os dije que abandonaseis un cetro cuyo peso no podrian sostener vuestras débiles manos. Veia en vos una victima próxima á ser sacrificada, y me empeñaba en separar el golpe que iba á caer sobre vuestra cabeza inocente. ¡Ah! Todo ha sido inútil.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! gritó Juana en el colmo del terror.

—Milady Juana Dudley, repuso Simon Renard con solemne acento, os doy de tiempo hasta mañana para que reflexioneis sobre el partido que debéis tomar. Renunciad esa corona de que os habeis apoderado por sorpresa, y yo comprometo mi palabra de honor de obtener vuestro perdón; pero únicamente el vuestro, porque ahora, ni Northumberland ni ningun individuo de su raza pueden esperar misericordia.

—¿Y creéis, miserable, que yo separaré mi causa de la de mi esposo?

—Milady Juana Dudley, repitió Renard, reflexionadlo bien de aquí á mañana, porque vuestra conducta decidirá de vuestra suerte.

Diciendo así se retiró precipitadamente por la puerta secreta.

(Se continuará.)

## LOS AZTECAS.

Los periódicos políticos y literarios extranjeros han hablado de la presencia en Londres de dos seres de una raza sumamente curiosa, y que sin saber por qué ha sido designada con el nombre de Azteca. Pocas líneas podremos nosotros añadir á las que dan dichos periódicos.

Pero las descripciones que de ellos se hacen son tan inexactas y tan defectuosas, que lejos de dar una idea de estos seres raros, no hacen mas que desfigurarla y aumentar el error de la vulgaridad que generalmente los cree idiotas, ó los considera como de la familia de los micos. Una simple mirada sobre los grabados que estan al frente hará ver cuán equivocada es esta opinion, dando al mismo tiempo una idea mas justa y mas acertada.

La talla de estos individuos no pasa de tres pies; y esta particularidad, que por sí sola no ofrecería nada de extraño, si las facciones ó partes del cuerpo fueran proporcionadas como las de un niño, forma en sí un verdadero fenómeno, porque todos sus rasgos y facciones son como las de un jóven de 15 á 16 años. El cuerpo es pequeño y delgado, los miembros estan como impedidos, los pies y las manos los mueven como pudiera hacerlo un niño de cinco años, y la cabeza, que apenas tiene cuatro pulgadas de diámetro; no es mas voluminosa que la de un niño recién nacido. En una palabra, la primer mirada que se fija sobre ellos basta para conocer que no son micos ni enanos, sino hombres en miniatura perfectamente desarrollados. Las formas de la cabeza son sumamente marcadas; los rasgos del carácter estan perfectamente delineados y son mas propios de un adulto que de un niño. Los dos grabados que van en este número señalan el perfil de la figura en uno y otro sexo, y no vacilamos en decir que son muy exactos.

La frente, que es oblicua y que cae hacia atrás como para continuar la línea de la nariz, encierra una de las condiciones de belleza del tipo griego, mas con proporciones tan diferentes, que hace del todo una caricatura, porque el medio de la frente, lejos de seguir en la direccion de la línea de la nariz, cae hacia atrás de una manera pismosa. La figura de los Aztecas no tiene nada de repugnante; al contrario, es dulce, inteligente, y el brillo extraordinario de sus grandes y negros ojos la dan una espresion y una vivacidad que el pincel mas hábil se vería embarazado para retratarla fielmente.

La edad de estos individuos será como de unos once años en el varon y diez en la hembra, aunque sus guardianes dicen que tienen quince; pero no parece creible si se les examina detenidamente.

Seria imposible espresar el extraño sentimiento que se experimenta al contemplarlos. Ellos no son enanos, porque la cabeza es pequeña y proporcionada, ni monstruos, porque hay en ellos cierta perfeccion artística de la naturaleza que

hace del ser mas inferior y mas pequeño un todo perfecto, y en vano se buscará en ellos el producto de una degeneración accidental y monstruosa. No son tampoco idiotas, porque el brillo é inteligencia de su mirada, el respeto que tienen á su guardian, y las malicias que ellos tienen entre sí, los separan completamente de esta raza.

Pero el espíritu se siente apesadumbrado, porque no acierta á explicarse la presencia simultánea de la infancia con las formas del hombre adulto.

Los Aztecas no hablan ni se comunican entre sí, ni el uno se inquieta por el otro, ni le cuida ni le atiende; pero gozan, se entretienen con los niños del guarda, manifiestan su diversion por medio de gritos, ríen de una manera estrepitosa, y comprenden perfectamente el inglés; siéndoles absolutamente imposible pronunciar una palabra.

Ciertamente que es muy digna de fijarse la atención de los sabios en la observación de estos seres, aunque sea sumamente difícil llegar á una conclusión cierta, porque los hechos y noticias son demasiado escasas para que el observador pueda sacar grandes resultados; sin embargo, si es cierto que existe esta raza, debe buscarse en las relaciones de los viajeros cuantos datos sean necesarios para el resultado apetecido.

La tradición dice que esta raza habitaba una ciudad recientemente descubierta en la América central. Llenos de un respeto religioso, ellos son educados separadamente por los sacerdotes que les hacen adorar. Esta versión no estará en desacuerdo con la posición singular que los Aztecas tienen la costumbre de tomar, y que consiste en arrodillarse y sentarse sobre el borde de los pies, los talones puestos hacia atrás, y cruzados los brazos. Pero lo que parece menos admisible es que según algunos viajeros se puede ver en esta raza, si todavía existe, los restos de la casta sacerdotal de los antiguos mejicanos como lo han asegurado los americanos. Los españoles que conquistaron este territorio no han hablado de hombres débiles y pequeños, sino de poblaciones vigorosas y guerreras, contra las cuales había que sostener rudos combates. ¿Cómo en el espacio de tres siglos ha podido una raza degenerar á la mitad de su talla antigua?

Ciertamente sus retratos ofrecen una singular analogía con los dibujos sacados sobre los monumentos de Méjico, y este hecho no debe perderse de vista; pero ellos juzgan que vienen de la América central, y ningún dato histórico prueba que los Aztecas hayan emigrado hacia el Sur después de la conquista de Méjico. Todas las suposiciones que han podido hacerse, y las diversas opiniones que fueron emitidas por los americanos que consideraban á estos niños como representantes de los restos degenerados de los Foltecs, los Natchez y los Pagans, son demasiado hipotéticos para que nosotros lo demos entero crédito. Será muy bueno notar que nuestros Aztecas presentan una diferencia notabilísima con la raza americana propiamente dicha, porque sus cabellos son ásperos y rizados, circunstancia que no se encuentra en los pueblos de este continente, y el color de su piel es mucho mas oscuro sin ser cobreado como el de los americanos.

## LA POSADA DE LA MADONA.

### I.

#### LA LOCANDA.

El camino que conduce de Vergato á Pistoya, á través de los Apeninos, existía ya hace unos cien años, y existía lo mismo que se halla hoy, escabroso y difícil, á veces impracticable, describiendo ángulos y curvas en las montañas, pasando al borde de los abismos, y perdiéndose bajo las bóvedas sombrías de bosques seculares.

Remontémonos pues al siglo pasado, por los años de 1752, y trasportémonos, á la hora en que se pone el sol, á uno de los bruscos recodos del camino, tres ó cuatro leguas mas allá del punto preciso donde acaba la llanura y donde principia la cordillera de los Apeninos.

La montaña formaba por allí una especie de ancha azotea por donde atravesaba el camino.

Esta azotea estaba limitada por un lado por las rocas cortadas á pico, cruzadas de estrechos senderos, por donde solo podían pasar los pastorcillos que llevaban á pastar sus ganados.

Por el otro lado se hallaba un golfo tan sumamente hondo, que las copas de los abetos mas altos, cruzándose á las dos terceras partes de la cuesta, por donde quiera se encontraba un poco de tierra vegetal entre las grietas del granito, no alcanzaban ni con mucho á la plataforma.

En una de las estremidades de esta azotea, y pegada á las rocas, se veía una casita de un efecto pintoresco.

La ardiente reverberación del sol había revestido con sus tonos mas calientes y dorados la blancura primitiva de las paredes.

Una doble parra, que subía por los dos lados de esta casita, serpenteaba por la fachada formando elegantes festones, se enredaba graciosamente en torno de los estrechos vidrios sostenidos con plomos, é introducía familiarmente un vástago dentro de la casa, como un huésped amistoso, por una especie de claravoya abierta en el primer piso.

Sobre la puerta se veía un nicho, y en él había una pequeña imagen de la Virgen, groseramente esculpida en un tronco, y revestida por un artista indigena de los mas deslumbrantes colores.

Debajo del nicho se columpiaba una muestra, debida, según las apariencias, á los pinceles del artista que había iluminado la Madonna, pues reproducía exactamente la imagen de la Virgen esculpida.

Debajo de esta muestra, señal característica de una posada ó taberna, se leían estas palabras, trazadas en gruesos caracteres:

Locanda della Madonna.

Y mas abajo, en letras un poco mas chicas, se veía el nombre del dueño de la casa:

Zanetto.

En el dia y la hora en que principia nuestra narración, el

aspecto de la plataforma que hemos descrito ofrecía un cuadro digno de tentar los pinceles de Salvador Rosa, el mágico artista.

En el fondo, y tan lejos como podían alcanzar los ojos asombrados, se veían las inmensas llanuras de la Italia, medio sumergidas en ese vapor rojizo y trasparente que nace de los fuegos del sol en el ocaso.

A veces, un último rayo caprichoso y supremo hacia resplandecer como esmeraldas y zafiros sobre la púrpura de su manto real los lagos, los rios y los arroyos.

Las lontananzas huían así escalonándose en una perspectiva infinita, hasta los confines del horizonte donde las pálidas tintas se confundían con los tonos brillantes del cielo mezclados de azul y oro.

La atmósfera, en sus regiones inferiores, estaba de una pureza tal, que apenas se veían flotar á largas distancias algunas nubecillas de un rosado vivo, con una franja de color de fuego.

El primer término de este asombroso panorama ofrecía un asombroso espectáculo.

Primeramente se veía el tortuoso camino empedrado de lava y dirigiéndose por los contornos de la montaña á la azotea, cuyo suelo granítico y abierto dejaba crecer en algunos sitios una yerba fina y espesa, sembrada de florecillas rojas y amarillentas.

Después había la balastrada formada de troncos de árboles groseramente reunidos, sin haber sido despojados de la corteza, y que servían de barandilla al borde del precipicio.

A la derecha, el camino iba siempre hacia arriba y parecía suspendido á los flancos desnudos y lisos de las viejas peñas.

Por fin, sobre la plataforma, y para completar el conjunto del paisaje, se veía un grupo animado y encantador, como esos que se ven en las inmortales composiciones de los grandes maestros.

Cerca del empujado de que hemos hablado ya, y en un banco de piedra pegado á la casa, había una muger sentada, y en las rodillas de esta jóven se apoyaba, medio echado, un niño de seis á siete años, acariciando con la mano un perro grande de los Abruzzos, de pelo negro y erizado, cabeza enorme, hocico sangriento y ojos feroces, pero cuya mirada se hacia dulce y tierna fijándose en la criatura.

Al lado de la madre y del hijo se veía un hombre de unos treinta años, de pié y con una guitarra en la mano.

Imposible habria sido imaginar nada mas hermoso que las dos figuras principales.

El hombre estaba de pié y su compañera sentada.

El uno era Zanetto el posadero.

La otra su mujer Gelsomina.

Ambos realizaban por la pureza de sus fisonomías y la perfección de sus formas el tipo maravilloso de la pureza y de las fuerzas antiguas, realizadas aun por el elegante traje italiano.

Por todo vestido, Zanetto llevaba una camisa blanca como la nieve con mangas muy anchas y un calzón de tela oscura bien ajustado al talle por medio de un cinturón de cuero.

Sus blandas polainas, ligeramente atadas, dibujaban los finos y nerviosos contornos de su pierna. Llevaba también un sombrero de fieltro puntiagudo y bien ancho de alas, adornado con una profusión de cintas blancas y rojas, un poco inclinado sobre sus cabellos rizados y negros como el azabache.

Bajo este sombrero lucían dos preciosos ojos negros brillantes de energía y de fuerza.

Su muger Gelsomina llevaba una basquiña oscura muy corta sobre un refajo blanco.

Las mangas afolladas de su camisa no llegaban mas que al codo y dejaban á descubierto todo lo demás del brazo.

Un corpiño de paño escarlata, con lentejuelas de oro, cubría su pecho redondo y firme, y sus magníficos cabellos negros, después de haber formado sobre su cabeza una brillante diadema atravesada por dos largas agujas de plata, caían sobre sus hombros en dos trenzas largas y sedosas.

El niño que jugaba á sus pies estaba medio desnudo: habríase dicho que era uno de esos ángeles que se ven en los cuadros de la escuela italiana.

De cuando en cuando se oían resonar á lo lejos los collares de campanillas de las mulas.

Pero este ruido, cada vez mas indistinto y vago, se apagaba poco á poco.

Ya hemos dicho que Zanetto tenia en la mano una guitarra, lo mismo que un verdadero siciliano de la ópera cómica.

Zanetto templó el instrumento, y después de haber modulado dos ó tres acordes simples y expresivos, principió una canción muy conocida que repetían á menudo en los Apeninos los cazadores y los pastores.

Por una mezcla de las cosas de la vida y de las cosas sagradas (mezcla extraña si se quiere, pero muy usada en Italia en aquella época) á cada una de las coplillas profanas sucedía una invocación á la Santa Virgen.

Gelsomina pronunciaba esta invocación con Zanetto, y aun el niño trataba de murmurarla con su voz débil.

Al finalizarse la canción una voz fresca y sonora pareció elevarse del sitio donde el camino, bajando hacia la llanura, desaparecía serpenteando detrás de la roca.

—¡Es Carlos! dijo Zanetto.

Y al mismo tiempo un jóven se presentó en el ángulo del sendero.

Era este jóven moreno de rostro como un mulato; parecía tener unos diez ó doce años; la inteligencia y la resolución brillaban en sus grandes ojos negros, y llevaba un traje casi semejante al de Zanetto.

### II.

#### LOS AGENTES DE POLICÍA.

Carlos llegó al grupo, cuyos cánticos se habían interrumpido al verle; se sonrió mirando á Gelsomina con ojos afectuosos: acarició la gruesa cabeza que el perro de los Abruzzos llevó bajo su mano solicitando aquella señal de simpatía con los mas tiernos movimientos de cola y las miradas mas expresivas, y por último dió un beso al niño que rodaba por el suelo.

Zanetto le tendió la mano como á un hombre.

El jovencito le hizo una señal.

—¿Hay algo de nuevo? preguntó el posadero.

—Sí.

—¿Tienes que hablarme?

—Sí.

—Entonces, entremos en casa; el viento de la montaña es un espía traidor, que oye las palabras pronunciadas en voz baja y las lleva á tres leguas por la llanura.

El jóven y el posadero atravesaron el umbral de la posada.

Gelsomina no hizo el menor movimiento para seguirlos.

Al cabo de algunos minutos volvieron á salir ambos.

—Está bien, está bien, decía Zanetto.

Y después, dirigiéndose á su mujer, añadió:

—Vamos, hija mía, dispon una comida de las mejores.

—¿Va á venir gente? preguntó la italiana.

—Sí.

—¿Viajeros?

—Sin duda alguna.

—¿Y son muchos?

—Tres hombres.

—¡Tres hombres! ¿No sabrías decirme quienes son?

—Gente de justicia, á lo que parece, respondió Zanetto en tono indiferente.

—¿Qué hermosas mulas! interrumpió Carlos.

—¿De qué mulas hablas? preguntó riendo Zanetto.

—De las que llevan los señores que esperamos.

—Enhorabuena sea.

—¡Por Baco! jamás se han visto animales mas hermosos de Vergato á Pistoya y de Pistoya á Vergato!...

—A fé mía, dijo Zanetto, apostaría, aunque no soy profeta...

—¿El qué? preguntó Gelsomina.

—Que nos van á llegar buenos parroquianos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que las gentes de justicia que viajan tan bien montadas, deben ser personas de importancia; que las personas de importancia tienen repleto el bolsillo; que cuando el bolsillo está repleto, se hace buen gasto en la posada, y que por consiguiente debemos entonar un himno de alegría.

—Yo hice un voto a la Virgen esta mañana, dijo Gelsomina.

—Veamos.

—La prometí una vela de cera si el dia era bueno para nosotros.

—Pues bien, repuso Zanetto, mucho me engaño si no cumples tu voto, y aun quizás podrás ofrecer dos velas en vez de una... allá veremos...

—Amen, dijo la jóven.

—¿Oís? exclamó Carlos imponiendo silencio á los dos interlocutores.

Gelsomina y Zanetto callaron.

—Oigo, dijo el posadero al cabo de un instante, oigo el agradable sonsonete de los cascabeles...

—Son las mulas de nuestros viajeros.

—Deben hallarse ahora en el tercer recodo del camino.

—Ya le han pasado; estarán aquí en menos de media hora.

—Bien venidos sean, añadió Gelsomina.

Apenas había trascurrido el tiempo prefijado por el jóven, cuando tres ginetes bien montados desembocaron á la vez sobre la plataforma que ya hemos descrito.

Dos de los miembros de esta partida marchaban uno al lado de otro, lo que parecía indicar igualdad de posición y de categoría.

El tercero, un subalterno sin duda, les seguía por detrás á una distancia de cinco ó seis pasos.

Carlos no había exagerado nada al ponderar la extraordinaria hermosura de los animales que montaban.

Eran tres mulas blanquecinas altas y de buena raza, de pelo fino y reluciente como el de los caballos de raza pura, con cuellos erguidos, lomos anchos y nerviosos, y largas orejas orgullosamente levantadas.

Llevaban majestuosos pompones escarlata, bastante parecidos á los que llevan en las gorras de pelo los tambores mayores de los regimientos, que, columpiándose sobre sus cabezas, aumentaban su porte natural y gallardo.

Ahora diremos dos palabras sobre los ginetes.

Ya hemos indicado que al desembocar sobre la plataforma, dos de ellos marchaban juntos delante.

A algunas varas de la puerta de la posada, una de las mulas apresuró el paso, de modo que se puso á la cabeza á cierta distancia de las otras dos.

El ginete era un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, robusto y bien conservado.

Su corta estatura y su robustez le asemejaba á un tonel, mientras su rostro redondo y rojo, adornado con una nariz de color de escarlata, probaba que la comparación del tonel era bastante justa, pues el hombre y el receptáculo debían muchas veces encerrar el mismo jugo.

La expresión de esta faz colorada era jovial que daba gusto verla.

Este individuo se sostenía apretando con todas sus fuerzas sus piernas cortas y gruesas contra los flancos de la mula.

Su vestido era todo de negro: medias de seda negra y zapatos negros con hebillas de acero.

Un ancho sombrero de fieltro negro pendía del arzon de la silla, momentáneamente reemplazado en la cabeza del viajero, durante el calor del dia, por un sombrero de paja de un diámetro enorme.

El segundo ginete parecía una antítesis cerca de su grueso compañero.

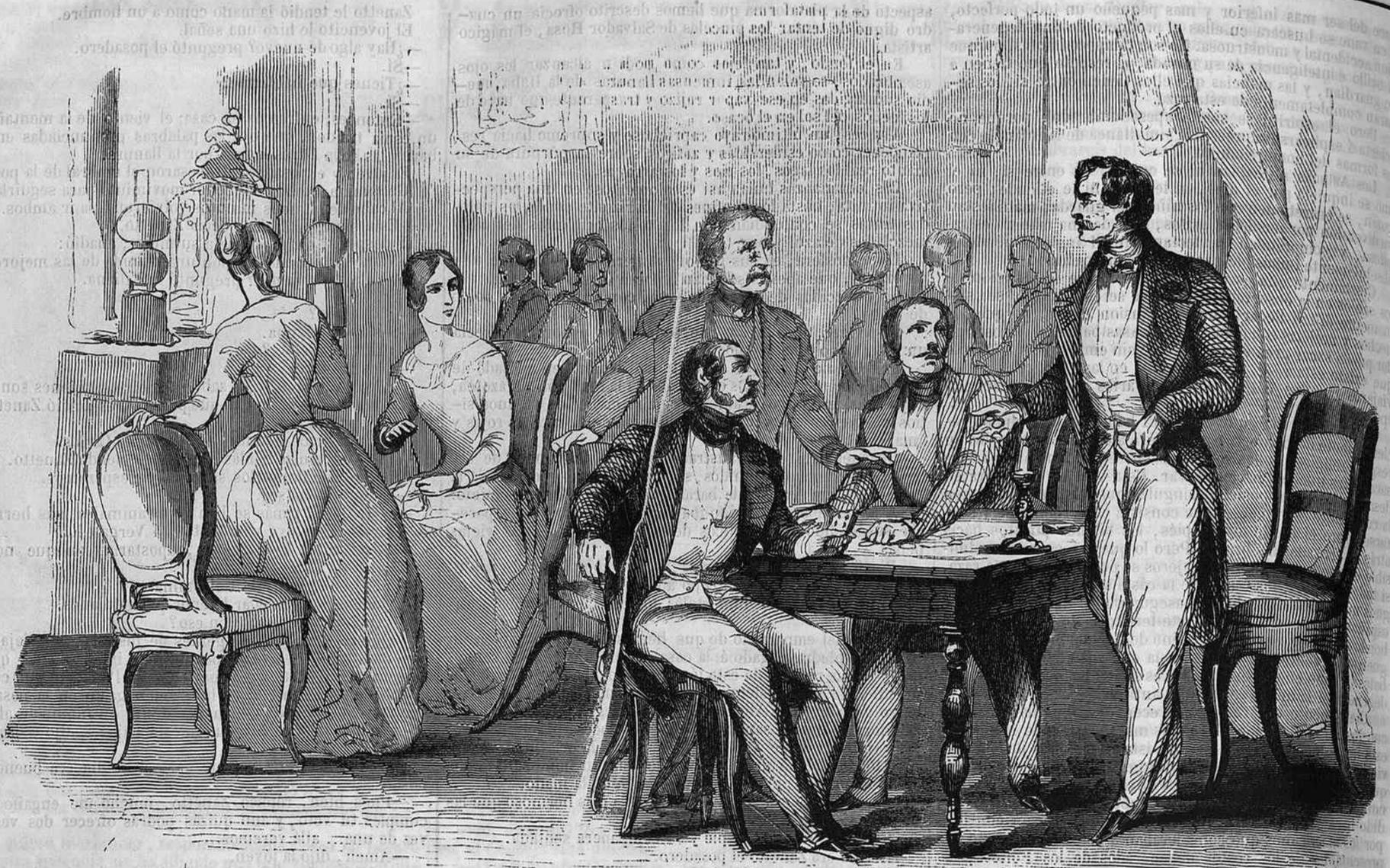
Era largo como un espárrago, tan delgado, tan seco, tan huesoso, tan lacio y tan desgarrado como era el otro macizo, abultado y rechoncho.

Sus facciones pálidas y enfurecidas demostraban tanta maldad é hipocresía, como las del otro parecían indiferentes y alegres.

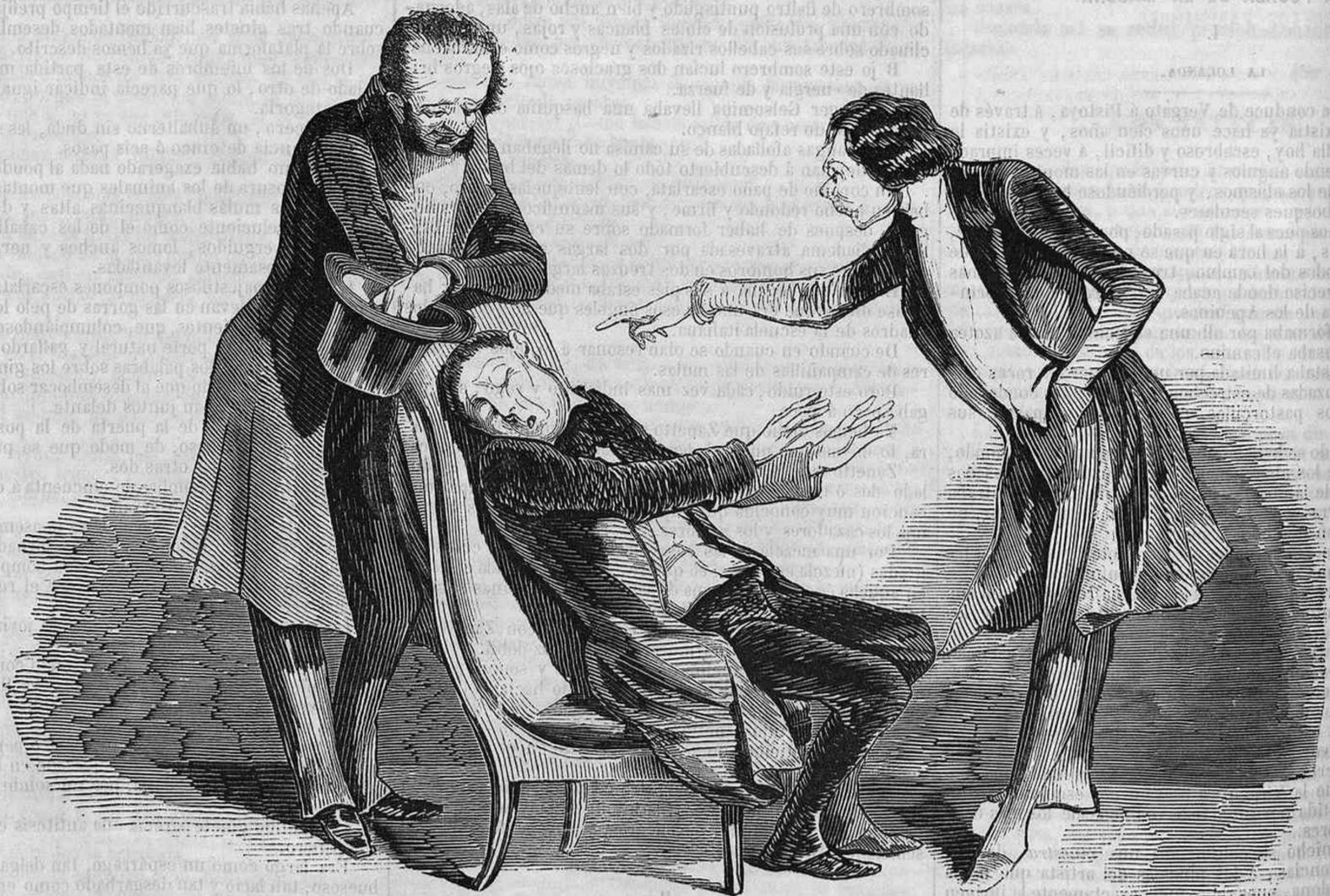
Evidentemente la naturaleza, juguetona un dia, se divirtió en quitar al segundo ginete lo que daba de mas al primero.

También se halla vestido de negro hasta el sombrero inclusive, pues ni siquiera llevaba un sombrero de paja en guise de consuelo.

(Continuará.)



En lo que ha venido á parar la galanteria.



Una escena de magnetismo.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.